

Juan Gavilán

Infancia y transexualidad

Octaedro 
Andalucía

|  mágina

Colección Horizontes

Título: *Infancia y transexualidad*

Primera edición: octubre de 2018

© Juan Gavilán Macías

© De esta edición:

Ediciones Octaedro Andalucía - Ediciones Mágina, S.L.

Pol. Ind. Virgen de las Nieves

Paseo del Lino, 6 - 18110 Las Gabias - Granada

Tel.: 958 553 324 - Fax: 958 553 307

magina@edicionesmagina.com - octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-945342-8-7

Depósito legal: GR 1152-2018

Diseño y producción: Ediciones Octaedro

Impresión: Ulzama

Impreso en España - *Printed in Spain*

Sumario

Introducción	9
PRIMERA PARTE	
Transexualidad, infancia y diversidad sexogenérica	
CAPÍTULO 1. El modelo biomédico	27
CAPÍTULO 2. El modelo social de las familias	55
CAPÍTULO 3. ¿Un problema de diferenciación sexual o una manifestación de la diversidad sexogenérica?	71
CAPÍTULO 4. Identidad sexual, normas sociales y cultura	85
CAPÍTULO 5. La transexualidad y el sistema educativo	107
SEGUNDA PARTE	
Patrones recurrentes en el desarrollo de la transexualidad infantil	
CAPÍTULO 6. Elementos etnográficos para conocer el origen de la transexualidad en la infancia.	127
CAPÍTULO 7. El desarrollo de los menores transexuales. De la infancia a la adolescencia	175
Bibliografía	207
Índice	211

Introducción

La historia de la transexualidad en las sociedades occidentales, por lo menos durante los últimos cincuenta o sesenta años, ha sido una historia de aislamiento, rechazo, exclusión y ostracismo. Forma parte de la naturaleza del sistema social de sexo y género que se activen los mecanismos de la expulsión de las personas transexuales de una forma automática. La propia familia colabora en el rechazo y la expulsión de las niñas y los niños transexuales si no los acepta, los acompaña, los educa y si no les proporciona la posibilidad de que se puedan realizar de una forma plena en una sociedad libre.

El discurso biomédico ha trastocado el sentido de la transexualidad y ha colaborado de una forma especial en la ocultación de la transexualidad infantil y en la invisibilidad de los menores transexuales. El concepto que tienen los especialistas sobre la transexualidad en la infancia ha condenado a niñas y niños transexuales a una especie de limbo, construido con todo tipo de creencias erróneas, representaciones desviadas e interpretaciones sesgadas. Los conceptos sociales de «mayoría de edad» y «uso de la razón» han ayudado a crear una visión falsa, a generar tópicos infundados y a despojar a la infancia de la sensatez y del conocimiento. Durante mucho tiempo se ha creído que los menores eran seres inmaduros, sin conciencia, sin responsabilidad y sin agencia.

La categoría de la infancia se ha construido socialmente como una edad y un estadio de la vida humana sin un lugar seguro donde establecerse. Al fin y al cabo, es un mundo por explorar y por conocer. El menor se ha convertido en un simple objeto. Se han eliminado todas las posibilidades de que sea un sujeto y tenga derechos. El niño o la niña es un ser vacío que espera alcanzar su contenido

solo en la adolescencia. Tal vez esta creencia infundada sea la que ha impedido una interpretación correcta de la infancia. Esta concepción se complica sobre todo cuando se trata de interpretar cómo experimentan los menores la sexualidad, cuando se intenta hablar de la identidad de los menores, porque el tema está lleno de tópicos, tabúes y falsas creencias; porque la identidad sexual de niños y niñas solo puede ser una identidad diferida y mediada por la voluntad de sus progenitores.

Sin embargo, durante los dos últimos años se ha producido un fenómeno social nuevo que ha copado la atención de la prensa escrita, la radio y la televisión: la aparición de niñas y niños transexuales que han salido a la escena pública en toda la esfera del Estado español acompañados de sus madres y padres. La Asociación de Familias de Menores Transexuales, Chrysallis, ha cambiado radicalmente la dinámica del sistema relacionado con la transexualidad infantil aceptando a sus hijas e hijos en el seno de la familia y consiguiendo planes efectivos de integración en los centros escolares. El hecho de que las familias hayan tenido que volver a plantearse la identidad de sus hijos e hijas ha trastocado el sentido y la interpretación de los valores y los patrones culturales relacionados con el sexo y el género, tal como venían planteando las asociaciones de personas transexuales desde hace tiempo.

El planteamiento de este trabajo de interpretación de las relaciones entre la transexualidad y la infancia es la respuesta al desafío que han lanzado los menores transexuales y sus familias. Hemos tenido el privilegio que supone la información que han aportado las madres en la web de Chrysallis, en los periódicos, revistas, radio y televisión. Lo que pretendemos desde el principio es elevar a teoría la experiencia vivida por los menores transexuales a través de las historias narradas por sus madres. Una de las características fundamentales de este trabajo consiste en la necesidad de elaborar una interpretación de urgencia que se mueve entre el ensayo filosófico y la investigación antropológica libre con el fin de sistematizar los conceptos y elaborar una teoría que responda al desarrollo de este movimiento social y establezca los fundamentos teóricos con los que cualquier profesional pudiera acercarse a los menores transexuales desde el punto de vista del conocimiento o de la intervención.

Es relativamente común encontrar entre los estudiosos y expertos a quienes creen que no se puede hablar de transexualidad hasta que la identidad se consolide en la adolescencia. Es necesario recordarles que los transexuales adultos también fueron niños en otro

tiempo; y que algún día estos niños serán transexuales adultos. Los profesionales en el tratamiento de la identidad de género no creen que se establezca la transexualidad y se pueda alcanzar una conciencia de la identidad trans antes del desarrollo de la pubertad. Con este trabajo solo aspiramos a reflexionar sistemáticamente sobre tal fenómeno social para conocer la realidad de la transexualidad en la infancia y cubrir la distancia que parece haberse abierto entre la transexualidad infantil y la transexualidad en la vida adulta. Presentar las bases de una nueva teoría puede ser útil para cubrir las necesidades de todas las personas, incluidos los progenitores de las niñas y niños transexuales, los profesionales que se encargan del cuidado de estos menores, así como de cualquiera que se interese por el origen y la formación de la transexualidad en la infancia. Solo pretendemos trenzar los hilos de una reflexión filosófico-antropológica que reúna los elementos necesarios para elaborar una teoría abierta sobre la transexualidad en los primeros años de vida y su continuidad en la adolescencia y la vida adulta.

Es absolutamente necesario establecer las condiciones de un modelo sociocultural respetuoso con la transexualidad, en el conocimiento adecuado de los niños y las niñas transexuales, e ir contra todos los especialistas que no se fían de la forma en que expresan su identidad sexual y los roles de género, les niegan la conciencia y la agencia y los consideran seres sin entendimiento y sin responsabilidad. Es necesario abrir la experiencia de los menores a un cambio radical del marco teórico donde no se reconozca el género de los cuerpos y en el que no haya genitales generizados (genitales de hombre o mujer).

El compromiso del pensamiento y de la teoría exige defender los intereses y las necesidades de los menores transexuales. Es imposible emprender un trabajo de estas características sin comprometerse con el bien de las niñas y los niños, así como el de sus familias, defendiendo el derecho de la libre expresión del género, la autodeterminación y el derecho al desarrollo de la personalidad de estos menores.

La transexualidad infantil como objeto de estudio

Si tuviéramos que elaborar una relación de los estudios e investigaciones que se han llevado a cabo en el ámbito de la antropología sobre la transexualidad, nos podríamos encontrar en medio de un

panorama desolador; comprobaríamos que hay una escasez considerable de investigaciones y una ausencia clamorosa de trabajos realizados sobre la transexualidad en la infancia. Si la esfera de la antropología dedicada a la transexualidad era un erial, como decía José Antonio Nieto Piñeroba, todo lo referente al estudio de la transexualidad infantil aparece como un terreno desértico y baldío.

No hay casi ninguna referencia que nos sirva como modelo para conocer e interpretar el fenómeno de los menores que reconocen tener una identidad sexual contraria al sexo que les asignaron al nacer. Incluso es comprensible que no existan investigaciones porque hay algunos factores que dificultan la comprensión y complican la intervención del pensamiento académico. La sexualidad es un tema que ha estado durante mucho tiempo lejos de los intereses de los departamentos universitarios. La infancia es ya de por sí un concepto ambiguo que hace referencia a una etapa del desarrollo en el que la persona parece no tener una entidad propia. Hasta ahora ha sido sinónimo de falta de responsabilidad, de conciencia y de autonomía, además de haber sido considerada como una edad asexualada o en la que el sexo no tiene ninguna relevancia. En este sentido, hablar de la transexualidad infantil es como tropezar con el vacío, referirse a una entelequia. No hay estudios, pero tampoco existe voluntad para emprenderlos, porque se cree que no hay una identidad sexual definida durante la infancia y porque se ha mantenido insistente y acriticamente la idea de que solo se puede atribuir la identidad sexual cuando se consolida a partir de la pubertad y la adolescencia.

Hasta hace muy poco, era una realidad absolutamente desconocida. Todavía hoy sigue siendo un tema extraño del que la gran mayoría de personas y especialistas no han oído hablar. Es raro encontrar a alguien, incluso entre los expertos, que no se extrañe de que los menores puedan tener conciencia de su identidad sexual a partir de los dos años.

A la dificultad de hallar estudios fiables sobre la transexualidad infantil, hay que unir el agravante de que los trabajos realizados hasta ahora desde el modelo del discurso biomédico han logrado distorsionar su objeto, han creado una visión deformada e irreal de lo que se habría de entender por transexualidad en la infancia. Desde el ámbito de este modelo se ha conseguido construir una concepción que no solo no aclara, sino que confunde a todos los que se acercan a ella y trastoca el sentido de la realidad con un esencialismo binario y con una construcción teórica que intenta diluir la

transexualidad en los primeros años de vida entre las identidades difusas de los menores variantes de género o menores con un problema de identidad de género.

Cualquier investigación, reflexión teórica o ensayo que se intente realizar se habría de planificar sobre la ausencia de estudios, investigaciones e interpretaciones; y sobre la ausencia de datos fiables. Si a esto le añadimos las dificultades que existen para acceder a los menores, se puede comprender que necesitaríamos abrir el campo del estudio con algún tipo de recurso nuevo. Una ventaja apreciable era la cercanía que teníamos con muchas personas de Chrysallis y, por tanto, el conocimiento directo y cercano de la realidad. El recurso fue muy simple: centrarnos en las narraciones escritas y publicadas por las madres sobre el proceso que habían vivido sus hijas e hijos. Hemos encontrado estas narraciones en la web de la Asociación, pero también han aparecido en entrevistas dentro de programas de televisión, en reportajes de la prensa escrita, en revistas o en programas de radio; algunas veces han sido relatos que nos han llegado a nivel privado, vía correo electrónico o WhatsApp. Aunque el camino elegido tenía algunos problemas, el acceso a las narraciones y los relatos de las madres, así como de algunas personas transexuales, adolescentes y adultos, nos facilitaban la información necesaria para emprender una reflexión sistemática sobre las relaciones entre la transexualidad y la infancia.

En cualquier trabajo de investigación, y más concretamente en el dedicado a la transexualidad infantil, resulta necesario establecer tácticas de interpretación y de conocimiento; situarse en una posición desde la que se pueda conocer, analizar e interpretar de una forma solvente la realidad. Es muy importante –fundamental, podríamos decir– la posición en que se coloca el autor, el espacio que ocupa y la perspectiva que asume para enfocar de la forma más oportuna posible esa interpretación. Situarse en un espacio apropiado quiere decir adoptar una actitud que permita desechar los prejuicios ideológicos, las valoraciones sociales y los supuestos teóricos consolidados en el discurso biomédico y en la ideología de género; justo los prejuicios y los supuestos que trastocaban la posibilidad de enfocar la realidad de la manera más adecuada.

Solo caben dos posibilidades: mantener el modelo teórico de la biomedicina que se estableció hace algunas décadas con sus conceptos, sus categorías y el marco de sus interpretaciones, o comprometerse en la tarea de abrir un camino nuevo, iniciar un tramo de teorizaciones que siga la estela de lo que está ocurriendo en las

familias que viven esta experiencia y puedan marcar la pauta para establecer la mejor manera de apoyar y acompañar a los menores transexuales, y enfrentarse así a un hecho radical, la existencia de niñas y niños que desde una edad temprana, entre los dos y los cuatro años, ya han dado muestras abundantes, claras y de una forma insistente, de tener una identidad sexual contraria a la que se les asignó al nacer, e incluso lo hacen en contra de todo el proceso de socialización de sexo y género que se había producido durante los primeros años de vida.

Sin necesidad de perdernos en largas disquisiciones sobre el método y las posiciones epistemológicas, la propia dinámica de la realidad, el haber podido conocer a niños y niñas de muy corta edad que tienen una conciencia muy clara de su identidad sexual nos llevó a poner en duda las teorías que parecían bien asentadas, pero que carecían de fundamento; nos llevó a apartarnos tanto del biologismo como del construccionismo culturalista. De entrada, no aceptamos posiciones esencialistas ni naturalizadoras. Ni identidades fijas tal como salen de la biología, ni construcciones culturales y performativas sin las raíces de la biología. En el juego de un conocimiento intuitivo nos dejamos llevar por la existencia de los mecanismos de una naturaleza productora de diversidad y de identidades naturales que son configuradas desde los patrones culturales. Dicho de otra forma, seguimos el camino que lleva en forma de bucles y de dinámicas complejas desde la biología a la cultura y desde la cultura a la biología, y formamos un ciclo en dos direcciones, desde lo biológico a lo psicológico, social, cultural y político; ciclo que se completa a la contra con otro que va desde lo político, social y cultural para llegar hasta lo psicológico y lo biológico.

De entrada, partíamos de la necesidad de renunciar a los cánones reduccionistas del biologismo y el culturalismo. Nos resultaba necesario tomar distancia del determinismo biológico, renunciar a recorrer un camino que podría ir de una forma simple y lineal desde los genes a la cultura, para crear los senderos complejos y necesarios de los patrones de conducta y de la configuración de la identidad. La naturaleza es productora de la diversidad, pero, a su vez, la cultura ha de responder a esa maquinaria productora de la naturaleza. No quedaba más remedio que empezar por el complejo de biología y cultura, ya que la edad en que se desvela la identidad de niñas y niños transexuales nos obligaba a hacer referencias a la formación de la transexualidad en la infancia, y para ello era necesario recurrir a los mecanismos biológicos. Pero, además de apun-

tar a estos mecanismos productores de la naturaleza, teníamos que considerar las estructuras culturales del modelo de ordenación del sexo y el género. Desde este modelo de la complejidad, a través de la interrelación de los elementos biológicos y culturales, desde la transversalidad de los distintos niveles en los que se mueven los cromosomas, las gónadas, los genitales, el sexo cerebral, el sexo sentido y el género, creemos haber alcanzado una perspectiva favorable para interpretar la transexualidad en la infancia, para encajarla en la diversidad sexogenérica, así como en la dinámica de una realidad plural y heterogénea.

Los referentes de la identidad sexual se organizan en distintos ejes ordenadores y se expanden en varias direcciones; constituyen distintos planos y múltiples niveles. Todos encuentran su anclaje tanto en el individuo como en la sociedad y la cultura. Las estructuras que configuran las identidades solo se pueden basar en las complejidades de lo biológico y lo social, lo natural y lo cultural. No es extraño que nos hayamos encontrado valoraciones culturales de los genitales, de lo orgánico y del componente genético de las identidades. No cabe duda de que los discursos y lo simbólico inundan el sentido del sexo y el género.

Teoría sobre la transexualidad en la infancia

Al revisar la bibliografía sobre la transexualidad infantil, hemos comprobado que existe la creencia generalizada de que la sexualidad en la infancia existe bajo la tutela parental, que los menores solo son un apéndice de sus padres. Por tanto, durante la infancia, se les niega la agencia y el sexo. Pero, además, los especialistas se justifican con el argumento falaz de que no se les debe etiquetar como transexuales para no estigmatizarlos, y prefieren mantenerlos en una especie de nebulosa junto a los demás menores que no se conforman a la norma de género, o bajo la etiqueta de menores con «problemas de identidad de género». Sin embargo, vivir en esa indefinición y en ese limbo es lo que puede favorecer la opresión a la que están sometidos y la resistencia que ellos mismos oponen. Todos los datos que nos suministra la etnografía nos ponen ante la evidencia de que hay niñas y niños que desde una edad muy temprana nos dan muestras muy claras de que su identidad de género no se corresponde con el sexo asignado al nacer. Es prácticamente imposible saltar por encima de los datos que nos suministran estos

menores y no usarlos como una de las evidencias para construir una nueva teoría de la transexualidad en la infancia. Evitarlo supondría falsear la interpretación de la realidad.

En los últimos años, se ha producido un cambio radical con respecto a la transexualidad infantil. Los niños transexuales no desaparecen escondidos e invisibles en el ámbito de lo privado, sino que rompen los límites de lo doméstico para aparecer de forma visible en la esfera de lo público.

En el marco binario se ha tendido a establecer una teoría que favorecía una interpretación de la transexualidad como el cruce y la mezcla de dos sexos, a pensar en la mujer biológica o el hombre biológico frente a la identidad cruzada, la transexualidad como un tránsito desde el hombre a la mujer o desde la mujer al hombre.

Hay una cierta tendencia entre los niños y las niñas transexuales que les lleva a querer ser princesas o superhéroes, a desear ser un hada, tener alas, tener poderes y escapar a las leyes de la naturaleza, e incluso a ser el juez que decida sobre el nombre y el sexo de las personas. Tal vez esta tendencia responda a la sensación de estar encerrados y sentirse prisioneros de una sociedad, de un sistema de normas rígidas e inflexibles que no les permite vivir con tranquilidad. En un relato que escribe una adolescente manifiesta sentirse como una mujer con las alas rotas. Una niña de doce años puso como estado de su WhatsApp: «Sé libre, nunca te sientas apresada». Y en un relato extenso sobre la transexualidad de una niña se pone como exergo el famoso «let me be free».

No podemos pretender que de la fuente de la naturaleza salga un único modelo de origen y desarrollo de la transexualidad. Entre las personas transexuales adultas hay algunos que supieron desde muy pequeños qué sentían, pero no lo pudieron identificar por falta de conocimiento e información, y hay otros que no han respondido a los mismos esquemas de desarrollo. Siempre habrá dificultades para distinguir a los menores transexuales de los niños feminizados y de las niñas virilizadas. Pero ninguna de esas dificultades debe ser un obstáculo para reconocer la existencia de la transexualidad en la infancia. Los propios menores han de desvelar su identidad, sus sentimientos y sus necesidades.

En ningún momento hemos tratado de universalizar unos patrones transculturales basados en la biología, porque incluso dentro de una misma sociedad pueden darse patrones de desarrollo diferentes. Pero no se puede obviar la fuerza con que han aparecido los menores transexuales en el transcurso de los dos últimos años,

cómo han resistido ante los programas de educación y socialización de género, de qué manera han irrumpido en la vida familiar y social reclamando que se oigan sus voces y se acepte su identidad.

Existe una creencia generalizada que tiende a establecer la idea de que la sexualidad no se consolida hasta que los niños se convierten en adolescentes, y que la transexualidad se pierde en una especie de nebulosa indiferenciada hasta que no logre estabilizarse en la pubertad y la adolescencia. En contra de esta creencia, que se asume como la base de una teoría, hemos de aceptar que la transexualidad es la irrupción de una identidad sexual que aparece generalmente en los primeros años de vida; que no es un problema de la identidad de género en la infancia, sino una forma de manifestación de la identidad sexual y de género de niños y niñas que no se identifican con el sexo y el género que se les asignó al nacer. Como dice una madre, solo hay que llamar a las cosas por su nombre.

La mediación cultural se produce tanto en la interpretación del origen de la transexualidad dentro del discurso biomédico como en la forma en que las personas asumen los patrones culturales de género en la más tierna infancia. Desde una perspectiva social y cultural solo se puede entender el proceso de formación y desarrollo de las niñas y los niños transexuales como un *continuum* que se extiende desde el periodo perinatal hasta la adolescencia y que atiende a procesos complejos en los que se unen en forma de bucle varios elementos de muy distinta naturaleza.

Los familiares más cercanos empiezan a recibir señales que son significativas. En un momento determinado, ya saben que sus hijas o hijos son algo distinto a un niño feminizado o a una niña virilizada, pero no saben exactamente qué son. Las niñas llegan a tener una manía obsesiva con el pelo largo, con la ropa que les corresponde y con las muñecas muy femeninas; los niños, con el pelo corto, con los rasgos masculinos, con las botas de fútbol y los disfraces de superhéroes. Ninguna de estas características puede ser considerada por sí misma como elemento necesario de la transexualidad. En la actualidad no hay por qué diferenciar de una forma clara los roles de género. Pero estos niños y niñas empiezan a identificarse con el género asumido por ellos mismos, que es contrario al que se les asignó en el nacimiento, hablan de sí mismos en el género que les corresponde y, además, realizan proyecciones de futuro con el género que sienten como suyo. Cuando se les lee un cuento, se identifican con uno de sus personajes y dicen que cuando sean mayores también harán eso que es propio de su sexo sentido.

Cuando una niña de poco más de tres años le dice a la madre: «¿dónde está mi pito si yo soy un niño?», a la familia no le queda más remedio que estar atenta a su desarrollo porque puede que esté mostrando un rasgo claro de su identidad. Posiblemente sus progenitores no sepan exactamente qué quiere decir, pero el niño sí lo sabe. Y si esta sensación persiste y sigue manteniendo la idea de ser un niño, sus padres tendrán que pensar en ello seriamente. Y lo más seguro es que sea el mismo niño el que vaya definiendo su identidad con el paso del tiempo. No necesita a nadie que le ayude a definirla. Es complicado encontrar a alguien que se defina mejor que un niño que a los cuatro años le dice a su madre: «¿Sabes, mamá? Yo me siento un niño por dentro y por fuera». O que en otro momento declara abiertamente: «Mami, yo soy un chico sin pene». Es sorprendente la forma tan rotunda con la que insisten para que se acepte su identidad. Hay padres que muestran este proceso como algo que puede llegar a cansarlos. En una narración de la web de Chrysalis, una madre escribe en forma de carta a su hija: «Nunca jugabas a nada; nunca conseguía distraer tu atención hacia otra cosa, nunca, y con el tiempo, esto, ahora sí, me empezaba a preocupar».

La biología determina una identidad sexual primaria que puede ser transformada y adquirir significación a través de los esquemas culturales. Además, se ha de considerar también la plasticidad, la flexibilidad de las estructuras y los discursos, del esquema productor de los individuos como sujetos activos de transformación y de creación de su propia identidad sexual, de género y personal.

Nadie permanece incontaminado en la esfera de lo natural y biológico sin la mediación de lo social y cultural. Los seres humanos somos complejos en la medida en que nacemos, vivimos en el seno de un mundo, compuestos por la misma materia que el resto del universo, naturaleza entre la naturaleza. Pero al mismo tiempo nacemos en el seno de una sociedad, con una cultura que le da sentido al cuerpo, a los genitales, a las relaciones sociales y amorosas, al deseo, a la identidad y a la vida misma.

Al referirnos a niñas y niños transexuales, hemos de tener en cuenta que son asignados a un sexo y un género desde el nacimiento, que su identidad sexual y de género es heterodesignada y que son socializados en cuanto al género que representan sus genitales en el seno de la familia, del colegio y de la sociedad. A ningún padre ni a ningún profesional especializado se le ha de olvidar que, desde antes de que nacieran los hijos, los progenitores ya tenían claro cuál iba a ser el sexo del niño o la niña. Hay una confianza absoluta en el sis-

tema médico de asignación sexual y los niños sufren un bombardeo continuo de aleccionamiento desde su nacimiento. Pero al mismo tiempo hemos de recordar cómo reaccionan los menores transexuales contra ese sistema de asignación: mediante la reivindicación de una identidad que ha sido aceptada de forma autónoma.

Es verdaderamente significativo que unos niños de escasa edad se opongan frontalmente al sistema de ordenación del sexo y el género, y contra las expectativas de los padres y la socialización férrea a la que han sido sometidos en las familias y en los centros escolares, emerja con tanta fuerza su identidad.

Posiblemente no haya un núcleo simple de la personalidad ni una identidad sexual monolítica, sino múltiples factores y elementos que se interrelacionen para crear identidades complejas.

Las narraciones de las madres

En la web de Chrysallis hay narraciones escritas por progenitores –generalmente, las madres; muy pocas veces, los padres– que exponen la experiencia que vivieron con sus hijos o hijas. Posiblemente no hay ningún documento más revelador para conocer la transexualidad en la infancia que estas vivencias íntimas, narradas a la luz de la confianza, expresadas en público como una manera de saldar cuentas consigo mismas y con la sociedad, para ofrecer un testimonio vital y exponer su historia de dolor y sufrimiento, pero también de amor y esperanza. Es un ejercicio de introspección para expresar lo que han vivido.

La historia narrada, el acto de escribir, funciona como una catarsis para la persona que la escribe, porque le ayuda a liberarse de las tensiones y depura el sufrimiento para obtener como fruto la perla de una verdad incuestionable, en la medida en que ha sido sentida y desvelada como una evidencia. La angustia y la ansiedad han generado una crisis que desvelaba una verdad que necesitaban contar y comunicar a los demás. La escritura libera los fantasmas, descarga los miedos y socializa los problemas; ayuda a crear un estado de ánimo colectivo de emociones y a establecer redes de solidaridad.

Al escribir, al expresar lo que de otra forma quedaría oculto, las madres logran un estado de serenidad e invitan a quienes viven la misma situación a dar un cambio emocional a sus vidas.

A la persona que lo lee le permite volver a vivir la experiencia y le proporciona una ocasión espléndida para depurar el poso de la

amargura. La lectura es como una flecha que hiere, pero también sana. En el acto de leer se produce de nuevo el sufrimiento experimentado o simplemente imaginado por empatía. A la experiencia dolorosa se le une la alegría y el entusiasmo de la comunidad. La misma herida abre el ámbito de una experiencia luminosa. La aventura de la catarsis rompe, pero también ensancha el alma, consigue que se profundice en el sentido de la vida, de la existencia y de la humanidad.

A la lectura de estas narraciones hemos añadido sistemáticamente las declaraciones publicadas en los periódicos en forma de entrevistas o reportajes en las revistas, la radio o la televisión. El interés de la interpretación de estas lecturas es el de conocer el fenómeno de la transexualidad infantil en su fuente, en documentos fundamentales para saber qué ha ocurrido en el seno de las familias. A las historias narradas en la web de Chrysallis también hemos añadido la lectura de *El libro de Daniela*, en el que una madre se decidió a escribir la historia de su hija y su familia.

Hemos seguido un movimiento que va desde dentro hacia fuera, desde el ámbito de lo doméstico hasta la esfera de lo público. Aunque, a causa del conocimiento y la interpretación de la transexualidad que ya habíamos hecho con anterioridad al acercarnos a la experiencia de la transexualidad infantil, también habíamos proyectado el movimiento desde fuera hacia adentro, desde los conocimientos sobre la transexualidad hasta la experiencia que nos suministraban las familias. La lectura de estas narraciones nos permite saber qué ha ocurrido durante los primeros años de vida de estos menores transexuales.

No se puede obviar que una buena parte de la historia de la transexualidad en la infancia, tal como la estamos conociendo, ha sucedido de puertas afuera, se ha urdido en las planas de la prensa, en los platós de televisión, en las emisoras de radio y en la web de Chrysallis. La transexualidad infantil ha perdido el carácter privado e invisible que tenía. Ha dejado de existir dentro del recinto de lo doméstico. Las niñas y los niños han dejado de estar encerrados y ocultos en los dominios de la esfera familiar.

Al analizar las entrevistas que había realizado a las madres de menores transexuales, a Raquel (Lucas) Platero le habían llamado la atención las semejanzas que había encontrado entre ellas. Y cree que hay dos razones posibles para explicar la coincidencia que se da en estas experiencias que le han contado las madres. En primer lugar, se podría tratar de una especie de similitud fruto de una al-

teración conseguida por contagio al reconstruir la historia de una manera retrospectiva. En segundo lugar, podría ser el resultado de una influencia procedente del contacto con los médicos y otros profesionales.

La verdad es que resulta sorprendente haber encontrado algunas repeticiones tan acusadas en esas narraciones. La similitud es reconocida por las propias madres que escriben. En una de esas narraciones se puede leer: «La historia que acababa de leer fue la guinda. ¡Era tan parecida a la que yo estaba viviendo con mi hija!». Pero, al contrario que a Platero, las semejanzas nos sirven para plantearnos la necesidad de encontrar el patrón o el conjunto de patrones prototípicos de cada una de las etapas de la formación de la transexualidad infantil. Es decir, se abre una tercera posibilidad, la de encontrar otra vía de explicación sobre estas similitudes, y es que representen un estado fundamental de la cuestión, que nos proporcionen una información relevante para conocer el proceso ontogénico de formación de la identidad sexual en las niñas y los niños transexuales. Esta tercera opción que proponemos no excluye que exista algo de verdad en la primera y que el acierto en el pensamiento y en la expresión de las primeras narraciones o de las más acertadas haya provocado un fenómeno de mimesis en las madres.

La segunda interpretación requerida por Platero no tiene mucho sentido porque, durante estos dos últimos años, se ha producido un rechazo muy fuerte de las familias hacia el discurso y la práctica de los médicos sobre la transexualidad y la infancia. Ni en las consultas de atención primaria ni en los servicios de las unidades de identidad de género se les ha dado respuesta a sus necesidades. Si hubiera algún tipo de mimesis sería, en último caso, por la relación de identificación con las personas que habían aparecido antes contando sus experiencias en los medios de comunicación.

Por ejemplo, no creo que exista ningún tipo de influencia extraña cuando coinciden muchas madres en que sus hijas tenían una especial afición por jugar con toallas y simular que tenían un pelo muy largo. No nos ha de extrañar que las niñas transexuales deseen tener muñecas que sean modelo de mujeres femeninas, extremadamente femeninas, como la Barbie o Frozen. Todo parece indicar que existen elementos estructurales interrelacionados que, además, a través de los primeros años de vida de estos niños, permiten conocer cómo se forma la identidad.

A los progenitores, y sobre todo a las madres, los aceptamos como «informantes». Atender la información contenida en las narracio-

nes de las madres no responde a ningún capricho. No analizamos los relatos por su valor literario –aunque algunos lo tengan–, sino para valorar, analizar y ordenar la información que nos aportan. No se puede olvidar que tanto los padres como las madres son testigos privilegiados de este fenómeno, del origen y de la formación de la identidad sexual de los menores transexuales en el seno de la familia. Por el valor que tiene el estado de compromiso emocional en el que se encuentran inmersos, hemos recogido y seleccionado sistemáticamente sus informaciones para conocer el proceso de desarrollo de la transexualidad en la infancia.

Las narraciones buscan crear una comunidad con todas las familias que viven en la misma situación, pero también se dirigen a la comprensión de los lectores, a su apoyo, y pretenden crear un ambiente de confianza. «Os lo cuento para haceros partícipes y que con el tiempo podáis apoyarnos», escribe una madre. Se pretende crear una comunidad con las personas cercanas, buscar su complicidad. La experiencia ha sido tan apasionada, ha tenido un carácter tan radicalmente transformador, que necesitan hacerla pública. Es la historia de una experiencia iniciática, pero también es una historia ejemplar.

En la narración de las propias madres encontramos la razón que las lleva a escribir: «Siento haberme extendido tanto, pero creo que es un día para compartir y para recordar. Supongo que también lo escribo para afianzar lo vivido y para reforzar mis ánimos de seguir adelante». Quieren que quede en nuestro recuerdo igual que va a quedar en el suyo; quieren que sea un compromiso con las personas que han vivido lo mismo que ellas para afianzar un camino que es de todos. Desde el principio tuvimos la intuición de que trabajando sobre estas narraciones y analizando los contenidos de los textos podríamos encontrar una especie de esquema del desarrollo individual y los patrones de comportamiento sobre los que se podrían articular las experiencias vividas por los niños y las niñas transexuales. Es decir, dedicarnos a la lectura y la interpretación de las narraciones nos ofrecía la posibilidad de conocer las claves de la transexualidad infantil, pero, además, nos permitía conocer el origen y la formación de la transexualidad.

Las narraciones de las madres nos ofrecen una información muy valiosa y de primera mano acerca de la experiencia vital de los menores transexuales. Estas narraciones se pueden tomar como uno de los elementos de referencia, aunque no sea el único. De hecho, sus relatos han de pasar por el filtro del análisis y del conocimiento crítico.

Si no hubiéramos prestado atención a este material, acumulado en una especie de fondo virtual, se habría perdido, diseminado por los rincones de los periódicos, en las esquinas de las radios y las televisiones o en los recovecos de la web de Chrysallis. Espero que haya tenido interés recuperar, reunir y sistematizar las experiencias, e intentar construir una teoría a partir de esas narraciones.

La necesidad de teorizar sobre el fenómeno de la infancia y la transexualidad tenía el carácter de urgencia. Tal vez la aportación de este ensayo de carácter filosófico y antropológico pueda colaborar en la tarea de cubrir el vacío de estudios existentes. Los profesionales de los campos de la psicología, la pedagogía y la sociología, los educadores sociales y los profesores necesitan tener la información que se pueda generar a partir de esa teorización. Todos tienen que intervenir en la educación y el desarrollo de estos menores.

Índice

Introducción.....	9
La transexualidad infantil como objeto de estudio.....	11
Teoría sobre la transexualidad en la infancia.....	15
Las narraciones de las madres.....	19

PRIMERA PARTE

Transexualidad, infancia y diversidad sexogenérica

CAPÍTULO 1. El modelo biomédico.....	27
Criterios médicos para el reconocimiento de la transexualidad.....	29
Circuitos de confianza de la psicología.....	34
El problema de la reversión.....	43
Desmedicalizar la transexualidad.....	50
CAPÍTULO 2. El modelo social de las familias.....	55
Del modelo biomédico al modelo sociocultural.....	56
Familia y transexualidad.....	60
La aceptación, el apoyo y el acompañamiento de las familias.....	65
CAPÍTULO 3. ¿Un problema de diferenciación sexual o una manifestación de la diversidad sexogenérica?.....	71
La transexualidad como un problema de la diferenciación.....	71
El sistema convencional de sexo y género.....	76
La diversidad sexogenérica.....	81

CAPÍTULO 4. Identidad sexual, normas sociales y cultura	85
La identidad sexual	86
La transexualidad contra la normativa cisexista.	92
Cultura y sistema cisnormativo	97
Los estereotipos hombre/mujer, niño/niña	101
CAPÍTULO 5. La transexualidad y el sistema educativo	107
Acoso, violencia y transfobia	108
Acoso y suicidio	113
Programas de formación para los centros escolares	115
La transexualidad y la educación en la igualdad.	118
SEGUNDA PARTE	
Patrones recurrentes en el desarrollo de la transexualidad infantil	
CAPÍTULO 6. Elementos etnográficos para conocer el origen de la transexualidad en la infancia.	127
En el ámbito de la familia	128
El círculo de las familias, los especialistas y los menores	132
El estado de latencia	140
La afirmación de la identidad de los menores transexuales	148
La identidad sentida frente al sexo y el género asignados	155
El tránsito social	161
Los ritos de paso en el tránsito social	166
CAPÍTULO 7. El desarrollo de los menores transexuales.	
De la infancia a la adolescencia	175
Origen y desarrollo de la transexualidad	176
El proceso de desarrollo de la transexualidad en los menores	183
De la infancia a la adolescencia.	192
Los problemas de la transexualidad en la adolescencia	196
¿Existe un patrón de desarrollo?.	202
Bibliografía.	207